UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR AEVO

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/coronacindedjosz00madr

Zorrilla, José
LS
Z897
.Yco

Coronación

DE

D. José Zorrilla

ILUSTRACIONES
de J. Riudavets

487195
5. 3. 49

FUENTES Y CAPDEVILLE
MADRID

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

José Zorrilla

17 Junio 1889

Es propiedad

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13 — Teléfono 651

CORONACIÓN DE ZORRILLA

ANTECEDENTES

Entre atronadores aplausos, por aclamación entusiasta, fué aprobada en junta general del Liceo de Granada del domingo 7 de Enero la siguiente proposición:

«La Junta de Gobierno tiene el honor de proponer á la general la aprobación del siguiente acuerdo:

El Liceo acuerda celebrar en los alcázares de la Alhambra la coronación del ilustre cantor de Granada, del popular poeta D. José Zorrilla.

Para realizar este pensamiento, el Liceo solicitará la protección del Jefe del Estado, el apoyo del Gobierno y el concurso de la Nación.

Granada 27 de Enero de 1889.

El Presidente, *Conde de las Infantas.*—El Vicepresidente, *Luis Seco de Lucena.*—Los Conciliarios, *Conde de Antillón, Antonio Joaquín Afán de Ribera, Santiago Martell, Fabio de la Rada Delgado, Francisco Campos Cervetto, Ramón Gómez Villafranca, Francisco de P. Villa Real, Joaquín Gómez Ruiz, Alvaro Magro y Aguilera, Eduardo Alvarez de Toledo, Fernando Escavías de Carvajal.*—El Tesorero, *José Peso Caro.*—El Contador, *Pedro Serrano.*—El Secretario general,

José Rubio Linares.—El Vicesecretario, *José Aguilera Garrido.*»

La sesión extraordinaria celebrada el domingo último por el Liceo es el tema de todas las conversaciones, y ha hecho renacer en el espíritu de esta noble ciudad los entusiasmos literarios y gloriosos de sus mejores tiempos.

Presidióla el Excmo. Sr. Conde de las Infantas: el extenso salón de sesiones veíase completamente lleno por una distinguida concurrencia de socios, y en todos los semblantes brillaba el entusiasmo y el patriotismo.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, el Sr. Seco de Lucena, en nombre de la Junta de Gobierno, dió lectura de la proposición referente á la coronación de Zorrilla. Sus últimas frases fueron apagadas por los aplausos vehementísimos de la sociedad, que, como un solo hombre, pedía que el acuerdo fuese adoptado por aclamación.

Consignóse así en acta, y el Sr. Seco de Lucena, haciendo nuevamente uso de la palabra, en nombre de la Junta de Gobierno, solicitó de la general un voto de confianza, que aquélla requería con el objeto de saber si contaba en absoluto con la de la Sociedad, para la ejecución de la patriótica empresa en que el Liceo se ha empeñado. El voto pedido también hubo de otorgarse por aclamación, á la vez que el Liceo saludaba nuevamente á la Junta con un cariñoso aplauso.

El Sr. Conde de las Infantas, con frase conmovida, dió las gracias á la Sociedad, ofreciéndola que la Junta de Gobierno realizará todos los esfuerzos imaginables porque el pensamiento aprobado, que es el pensamiento de Granada, ó más bien de todos los españoles, de todos los amantes de la literatura nacional, se lleve á término feliz con la pompa y el esplendor que la grandeza del asunto exige. *(Nuevos aplausos.)*

«En la previsión—dijo el Presidente—de que la Junta general aprobase el proyecto de la de Gobierno, ésta había encargado al Presidente de la Sección de Literatura, nuestro querido compañero D. Antonio López Muñoz, que redactase la carta que ha de dirigirse á Zorrilla. Ruego, por lo tanto, al Sr. López Muñoz que, si ha evacuado el encargo que tuvimos el honor de confiarle, dé lectura de la carta, que, de este modo, podrá ser conocida de la Sociedad.»

El Sr. López Muñoz, accediendo á las indicaciones del Presidente, leyó entonces la carta á que nos referimos, siendo interrumpido varias veces por atronadores y entusiastas aplausos, que, al concluir su lectura, hubieron de prolongarse durante algunos minutos.

El Sr. Presidente, en nombre de la Junta de Gobierno, dió las gracias al Sr. López Muñoz por la redacción del bellísimo documento que acababa de leer.

(De *El Defensor de Granada.*)

CARTA
Á ZORRILLA

Sr. D. José Zorrilla.

Muy señor nuestro y de toda nuestra consideración: El Liceo de Granada, que tenemos la honra de representar, ha resuelto por aclamación entusiasta organizar una sesión solemne, en que el numen poético incomparable con que ha dado Ud. tantos tesoros á la literatura nacional y tantos días de gloria á la patria, sea dignamente coronado en su noble cabeza; que si ya tiene la diadema de resplandores con que

Dios ilumina la frente del genio, aún no ha recibido, como consagración y emblema del sentimiento patrio, la corona de admiración y cariño que le debe, en tributo de justicia y respondiendo á los anhelos del espíritu general, la Nación española.

Considérase el Liceo granadino obligado á promover esta solemnidad y á organizarla: en lo que á esta institución se refiere, por su propia historia, que han formado tantos hombres ilustres, orgullo de las letras; y en lo que á Ud. corresponde, porque en esta bendita tierra, motivo de altas inspiraciones, perpetuo modelo de hermosura, teatro de epopeyas históricas; en esta bendita tierra, donde al pie de montes que eternamente blanquean, recordando la vejez helada, se extienden campos que eternamente sonríen, evocando la animada juventud; en esta tierra del Genil y el Dauro, más veces cantados por los poetas que prados de flores fertilizan sus aguas; en esta tierra, en este palacio encantado que se llama la Alhambra, es donde ha bebido Ud. sus inspiraciones más bellas, formando otra Alhambra de pensamientos en sus obras inmortales.

¿Dónde, sinó en la Alhambra, en este maravilloso recinto, imán de sus sueños de poeta, entre el murmullo de estas fuentes, entre las filigranas de estos muros, entre las imágenes de las hadas con que pobló su fantasía estos patios cubiertos de arrayanes, á los halagos de estas brisas y á los besos de esta luz, debe Ud. recibir la corona que reclaman sus sienes venerables? ¿Y con qué precioso metal puede fabricarse mejor esa corona que con el oro que arrastran las arenas del Dauro, que, si, nuevo Tajo, sacara el pecho fuera y lograra pensamiento y voluntad de sér humano, el menor tributo que podría pagar á su poeta más inspirado sería convertir todas sus arenas en oro para ofrecérselo, y todas sus olas en lenguas para entonarle cantos de alabanza?

No fiamos, en verdad, á nuestras solas fuerzas este propósito; no abrigamos la pretensión arrogante de compendiar en esta institución académica las diversas representaciones del país; antes bien esperamos contar con el concurso del país entero, de cuyas nobles ansias creemos hacernos modestos, pero fieles intérpretes, al organizar aquel solemne acto de justicia. No, no había de hacernos olvidar lo decidido del propósito, que son nuestras fuerzas humildes; no habíamos de dejar inadvertido el derecho que España tiene á ser requerida para esta grande obra; no habíamos de desconocer la fisonomía popular del poeta que en poemas y leyendas, cuentos y dramas refleja hermosamente el carácter de esta Nación, con sus caballeros galantes y esforzados, con sus mujeres de ojos abrasadores y alma cristiana, en sus fiestas y sus aventuras y sus combates y sus idealismos generosos, fuente de nuestras glorias, alimento de nuestras tradiciones y numen de nuestras empresas; de esta Nación, cuya desgracia presente, con ser implacable, no ha logrado imprimir huella de muerte en la genial grandeza española.

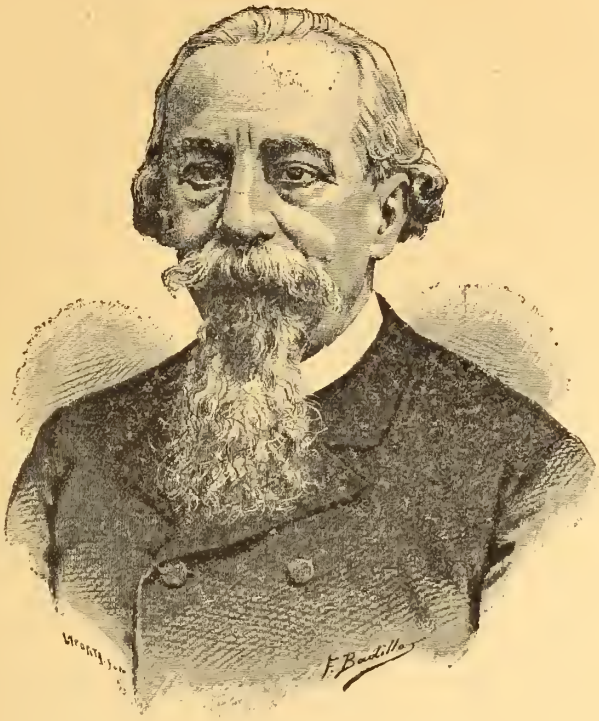
Y no es esto sólo. Abrigamos también la confianza de obtener la protección del Trono, ante cuyas gradas rendidamente hemos de exponer el propósito que nos mueve, el espíritu que nos anima á ceñir con el merecido lauro la frente del popular poeta español, cuya vejez honrosa no se ofrece con esa melancolía del astro que se aleja, sinó con sonrisas de alborada feliz, como si en vez de caminar al ocaso caminara á un seguro y glorioso renacimiento. Hemos de exponer ante las gradas del Trono el propósito que nos mueve, para que, si se digna atender nuestras vivas instancias, aquella solemnidad se vea honrada y enaltecida por la que es, al mismo tiempo que digna Reina de un pueblo grande, espejo de virtudes como dama y de ternura como madre; tres fulgores de una misma corona, cuyos haces de luz caerían

como destellos del amor patrio sobre el laurel del viejo poeta.

Tal es nuestro designio; si Ud. se digna concedernos su beneplácito, para que pueda ser efectivo el intento del Liceo granadino, le rogamos encarecidamente que nos lo exprese; y en ese caso, cuidaremos de manifestarle, con la oportunidad necesaria, cuantos pormenores conduzcan al acuerdo en que ha de hallarse con Ud. esta Sociedad, en cuyo nombre le dirigimos la presente carta.

Tienen el mayor gusto en ofrecer á Ud. las seguridades de su consideración y respeto sus atentos seguros servidores q. s. m. b., el Presidente del Liceo, *Conde de las Infantas.*—El Vicepresidente, *Luis Seco de Lucena.*—Por los Vocales, *Conde de Antillón, J. Afán de Ribera, Fabio de la Rada Delgado.*—El Secretario general, *José Rubio Linares.*—El Presidente de la Sección de Literatura, *Antonio López Muñoz.*—El Secretario de la misma, *José Jurado de la Parra.*

Granada 27 de Enero de 1889.



CONTESTACIÓN DEL POETA

Madrid 6 de Febrero de 1889.

Al Sr. Conde de las Infantas,

Presidente del Liceo de Granada.

Muy señor mío y de mi más alta consideración: He recibido, con tan profunda gratitud como imprevista sorpresa, la honrosa comunicación que, en nombre del Liceo y firmada por los Vocales y Secretarios de sus Secciones, me dirige usted con fecha 28 de Enero próximo pasado, y en la cual me participa el acuerdo tomado en junta general de preparar

y llevar á realización, en un próximo término, mi coronación en la Alhambra.

Confieso á Ud., Sr. Conde, que áun no he podido volver del asombro que me causa semejante determinación, y hace ya tres días que doy vueltas á mi pluma entre mis dedos y á mis pensamientos en mi cerebro, y no logro dar con una idea conveniente ni con una frase adecuada para contestar á tan primorosa y halagüeña comunicación. De Granada viene; bien se la conoce en el aroma de que viene impregnada; ni de ninguna otra parte del mundo podía venir tan alegre y tentadora, para quien ha vivido cantándola, adorándola y bendiciéndola: porque, más que carta, es una lluvia de flores de sus cármenes derramada sobre mi cabeza y una carga de sabea mirra quemada á mis pies; pero ni el perfume de aquélla ni el humo de ésta me desvanecen ni ofuscan. Yo debo á Dios una sola cualidad, que me abona con mis contemporáneos y me abonará con la gente venidera si hasta ella llega mi memoria; y esta cualidad, negativa, es la carencia absoluta de vanidad, que trae consigo, lógica y naturalmente, la escasa estima en que á mí mismo me tengo y á las efímeras producciones de mi descarriado ingenio. La idea de mi coronación me asusta, pues, tanto como me honra y me halaga.

Comprendo que Granada, la ciudad de mis sueños y mis cantares, de mis amores y mis esperanzas, alucinada, exaltada, embriagada con el recuerdo de mis versos, con los cuales, é infiltrando en ellos mi alma, he cantado sus glorias y su hermosura, no quiera dejar morir á su viejo poeta sin darle el último abrazo, el último beso, el postrer adiós y la postrera bendición; pero esta manifestación cariñosa de Granada la concibo yo solamente como una expansión privada, como una fiesta familiar y casera, como una cena de San

Juan ó de Noche Buena, presidida por los abuelos y animada por la alegría, por nada ni por nadie restringida, de las tres generaciones de padres, hijos y nietos; pero no puedo concebir, ni menos dar mi asenso á la idea de una ceremonia aparatosa, suntuosísima, soberana, nacional, en fin, en favor de un poeta que, ausente de su patria veintidós años y casi escondido por los rincones de sus provincias otros veinte después de su vuelta, ni ha sido nada en ella, ni nada representa en el progreso político, social y científico de su país. No comprendo, en suma, que á mi *glorificación* y *apoteosis*, que no es nada menos lo que el Liceo proyecta y me propone, se invite á los altos Poderes del Estado y á Doctores y Profesores de Universidades é Institutos, con las ilustraciones y celebridades científicas y literarias: eminencias todas cuya importancia y categoría son evidentemente superiores à las de un versificador tan audaz como afortunado y tan gárrulo como aplaudido; quien, sin certificaciones universitarias ni títulos académicos, vagando por medio mundo y por todas sus poblaciones exhibiéndose, pasó el verano de su vida cantando tan descuidada é inútilmente como la cigarra de la fábula.

Ahora bien: ya es imposible borrar ni suprimir los años medios de los cincuenta y dos de mi vida literaria para volver á unir los de sus dos extremos, el de partida con el de arribada: el poeta inconsciente y desatalentado de los veinticinco no puede ser el hombre concienzudo de los setenta y dos; no puede ya éste ocultar, tras de la alegre máscara de la farándula de su poesía y bajo la caperuza encascabelada de su locura, su cabeza cana, su faz marchita y sus ojos cansados de escribir y de llorar, ni puede ya abrir á su pueblo su corazón, abrevado de pesares y de secretos suyos y ajenos.

Por eso, acogido al amparo del Municipio de Valladolid,

mi ciudad natal, que há pocos años pensó en mí como Granada hoy, me había retirado

á vivir en el olvido
y á morir en paz con Dios,

desdeñado por unos, mal juzgado por otros, y voluntaria y sistemáticamente apartado de todos; con el único objeto y la postrera esperanza de cavarme en silencio mi modesta sepultura, al umbral de la casa en que se meció mi cuna y á sombra de la torre bizantina, cuyas campanas quería yo que doblaran á mi entierro como llamaron á mi bautizo: y así me hacía yo la ilusión de poder persuadirme á mí mismo, en mi última hora, de que mi vida de aventuras por mar y tierra, de esperanzas y decepciones, de humillaciones y de triunfos, no había sido más que el sueño de algunas horas ó el delirio de una noche de calentura, y de que el trayecto por mí recorrido desde el nacer al morir, no se extendía más que desde la casa en que nací hasta el cementerio en que me enterraran. ¿Por qué, pues, empeñarse en volver á sacar al sol de la gloria y al estruendo de los aplausos, prometiéndole un porvenir de que ya no ha de gozar, al viejo poeta que contemplaba ya sin miedo, y asomado al cuadrilongo agujero de su fosa mortuoria, las pavorosas é insondables tinieblas de la lóbrega eternidad? Porque, como digo en mi último libro que pienso publicar, *Mi última brega:*

Si aspiro sólo á vivir
en sombra, silencio y paz,
¿por qué, cual sombra fugaz,
hacerme á la luz salir?
Yo soy un hombre de ayer
que ya del mundo se va:
¿por qué hoy obligarme ya
la cara al mundo á volver?

Pero divago prolongando demasiado mi carta; y á mi edad debo ya de haber adquirido un poco de sentido práctico y algún conocimiento del carácter de mi raza. Voy, pues, á concretar mi respuesta á la entusiasta, florida y seductora carta del Liceo granadino.

Persuadido, mi Sr. Conde de las Infantas, de que todas mis reflexiones en prosa y verso no han de ser atendidas por Ud. ni por sus consocios liceístas, ni por nadie ya, en la que fué morisca corte de Abu-Abdil, y convencido además de que mis más justas y racionales observaciones no han de mitigar, ni mucho menos disipar, la fiebre de entusiasmo que de Uds. se ha apoderado, según veo por los periódicos que á mis manos llegan, hé aquí mi contestación á su carta del 28 de Enero:

Mi conciencia, Sr. Conde, no me permite aceptar la soberana y olímpica coronación que se me ofrece; y nunca podré aceptarla sin protesta, si implica para mi personalidad literaria el más remoto derecho á la más mínima supremacía con respecto á los muchos y valiosos ingenios que hoy son honra de nuestra patria; pero si mi rotunda negativa, hija de la sinceridad de mi conciencia y del conocimiento de mí mismo, ha de parecer excéntrica é injustificable ingratitud, ó quijotismo hipócrita de imperdonable soberbia, declaro: que no pudiendo *aceptarla* como merecida, me veo obligado á *someterme*, como impuesta, á tan inusitada y excelsa ceremonia.

Y sin más, y aguardando sus órdenes, queda de Ud., del Liceo y de Granada agradecido en el alma su viejo poeta,

José Zorrilla

LECTURAS

Recuerdo del tiempo viejo

I

Ya soy viejo y ya no valgo
lo que han dicho que valía;
ya en mi voz no hay melodía,
no hay aliento en mi pulmón:
mas voy á deciros algo
que en *el tiempo viejo* he dicho,
ya que áun hoy dura el capricho
de aplaudir mi exhibición.
Pero como ya no escribo
versos, y hablaros en prosa
tengo por indigna cosa
de vosotros y de mí,
voy, pues del pasado vivo,
de lo pasado á ampararme:
olvidad al escucharme
lo que soy por lo que fuí.

Sé que os han dicho que un día
cuentos y cantares hice
con que al pueblo satisfice
que entonces los escuchó:
hoy, falta mi poesía
de encantos con que os hechice,
os diré lo que se dice
que en aquel tiempo hice yo.
Coronándome de flores,
de mi hogar me salí un día
con mi hispana poesía
por herencia y por blasón:
lancé al viento tentadores
de pasión y fe cantares.....,
y hoy me honra en vuestros hogares
que áun os plazca oir su són.
Inconstancia, sinsabores
me llevaron á otros climas,
y á otros pueblos fuí mis rimas
á llevar á otra región;
mas do quier que hallé rencores
contra España en tierra extraña,
dejé en prez y en pro de España
una flor ó una canción.
Yo tomé mi gaya ciencia
como prenda de ventura,
de amistad y paz futura
con el mundo universal;
y fiado en mi conciencia,
hice un nudo en cada verso
que un país del universo
ligó á mi tierra natal.

Por do quier que errar me hicieron
mi inconstancia ó mis pesares,
fuí leyendas y cantares
derramando en español:
y do quiera comprendieron
que mi fe y mis poesías,
hijas ya de nuevos días,
anunciaban nuevo sol.

Hé aquí en lo que he gastado
mis alientos juveniles,
mientras era en sus abriles
mi estro pródigo y gentil;
é iba entonces descuidado,
bardo errante y vagabundo,
alegrando al viejo mundo
con mi aliento juvenil.

Salmodia

II

Mi voz era entonces armónica y suave:
tenía los tonos del canto del ave,
del río y las áuras el són musical;
no había en el viento, ni agudo ni grave,
sonido ni acento fugaz de su clave:
ni un ruido nocturno, ni un són matinal.
Había algo en ella de todos los ecos
que nutren del aire los cóncavos huecos,
y nacen y espiran en él sin cesar;
murmullo de arroyo que va entre espadañas,
de ráfaga errante que zumba entre cañas,
de espuma flotante que hierve en el mar:
sentido lamento de tórtola viuda,
rumor soñoliento de lluvia menuda,
de seca hojarasca de viejo encinar;
de gota que en gruta filtrada gotea,
de esquila del alba de gárrula aldea,
de oculto rebaño que marcha en tropel,
de arrullo de amante perdida paloma,
de brisa sonante cargada de aroma,
de abeja brillante cargada de miel.
Todo esto tenía: flexible, sonora,
mi voz á su antojo podía imitar
cuanto eco que bulle, que canta ó que llora,
encierran los bosques, el viento y el mar.

Y el eco, que oía
mi voz, la seguía:
y, mansa ó bravía,
mi voz repetía
contento y locuaz;
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz;
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,
bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava
porfía
tenaz;
mas débil
cedía,
y flébil
gemía,
y huía;
y allá en lejanía
le oía
que lento,
de acento
incapaz,

se ahogaba.....,
se hundía.....,
y al fin se perdía,
y en la áura vacía
moría
fugaz.

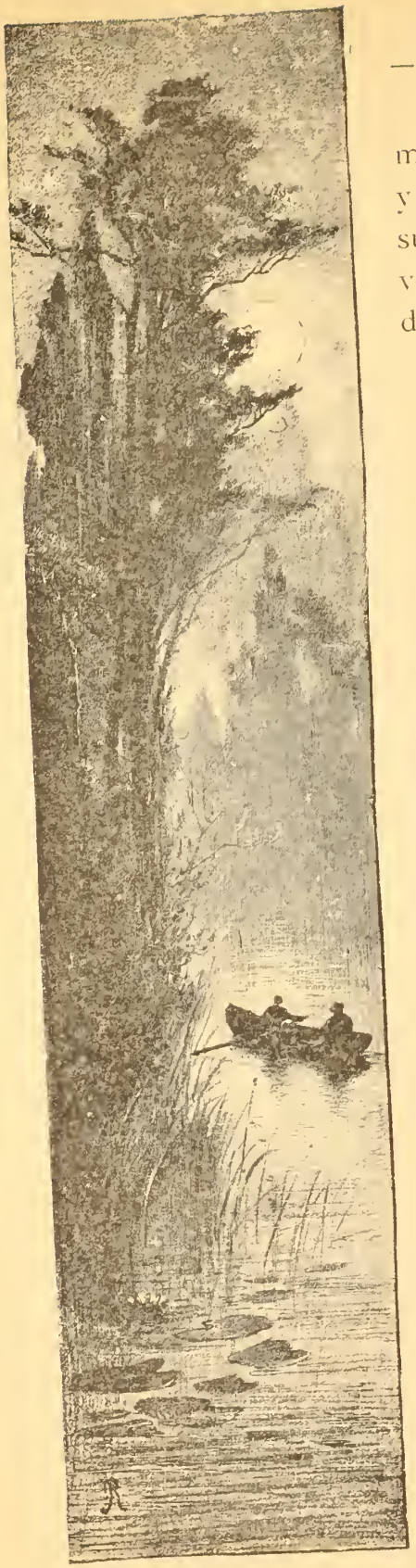
III

Mi voz era entonces, conjuro de encanto,
misterio imposible tal vez de sondar,
un canto en sus cuentos y un cuento en su canto;
cantaba y contaba flexible á la par.
Dos corzas que siguen idéntica senda,
dos garzas que llevan un viento al volar,
dos flores que aroman la misma vivienda,
dos barcas que llevan un rumbo en el mar,
eso eran entonces el canto y el cuento
que al par producía mi voz con su aliento:
y siempre en su cuento se oía su canto,
y siempre del canto y el cuento algún tanto
tenían á un tiempo leyenda y cantar:
y siempre de un cuento su canto era prenda,
y siempre su canto paraba en leyenda,
y siempre su cuento paraba en cantar.
Tal vez no se entienda:
tal vez ni un ejemplo lo pueda explicar.
Un ruido de remos pacífico y vago
de barca que boga de noche en un lago,
inspira á quien oye, sin ver el batel,
el germen de un cuento: leyenda ilusoria
que forja el que escucha. ¿Quién sabe? La historia
de dama que aguarda su amante doncel:

y cree del que boga sentir en el viento
la voz que se ahoga lejana, con lento
murmullo vibrando del lago al lindel;
y cree á los reflejos del agua que brilla
mirar á lo lejos bogar la barquilla,
la franja de sombra rasando en la orilla
que en ella dibuja boscoso el verjel:
y cree de la torre sentir el rastrillo,
y ver á la dama salir del castillo,
cruzar el desierto sendero del huerto,
salvarle, y abierto dejar el cancel:
llegar á la orilla, y enviar á la opuesta
del breve estribillo la voz repetida
por él en el mote del cántico puesta:
señal convenida con que ella contesta,
pregunta y respuesta que, dada y pedida
en ida y venida, se dan ella y él.

Y el són de los remos, el único germen
del cuento en que hacían tan lindo papel
la barca que hendía las aguas que duermen,
la trova, el castillo, la dama, el doncel.....,
tal vez se me antoja que fué alguna hoja
que en la agua tranquila cayó de un laurel;
y en ella el que oía forjó aquella historia,
quimérica, vaga, fugaz, transitoria,
como esa voz llena de fe y poesía
que un día cantaba y contaba en la mía,
y que hoy áun me halaga con una memoria
que deja una estela de luz y de miel.

Mi voz era entonces todo eso: conjunto
de voz con palabras y música al par,
tenía la historia y el cántico á punto,
y al par mi voz era leyenda y cantar.



Y el eco, que oía
mi voz, la seguía:
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz:
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,
bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava
porfía
tenaz;
mas débil
cedía,
y flébil
gemía,
y huía,
y allá en lejanía
le oía
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba.....,
se hundía.....,
y al fin se perdía,

y en la áura vacía
moría
fugaz.

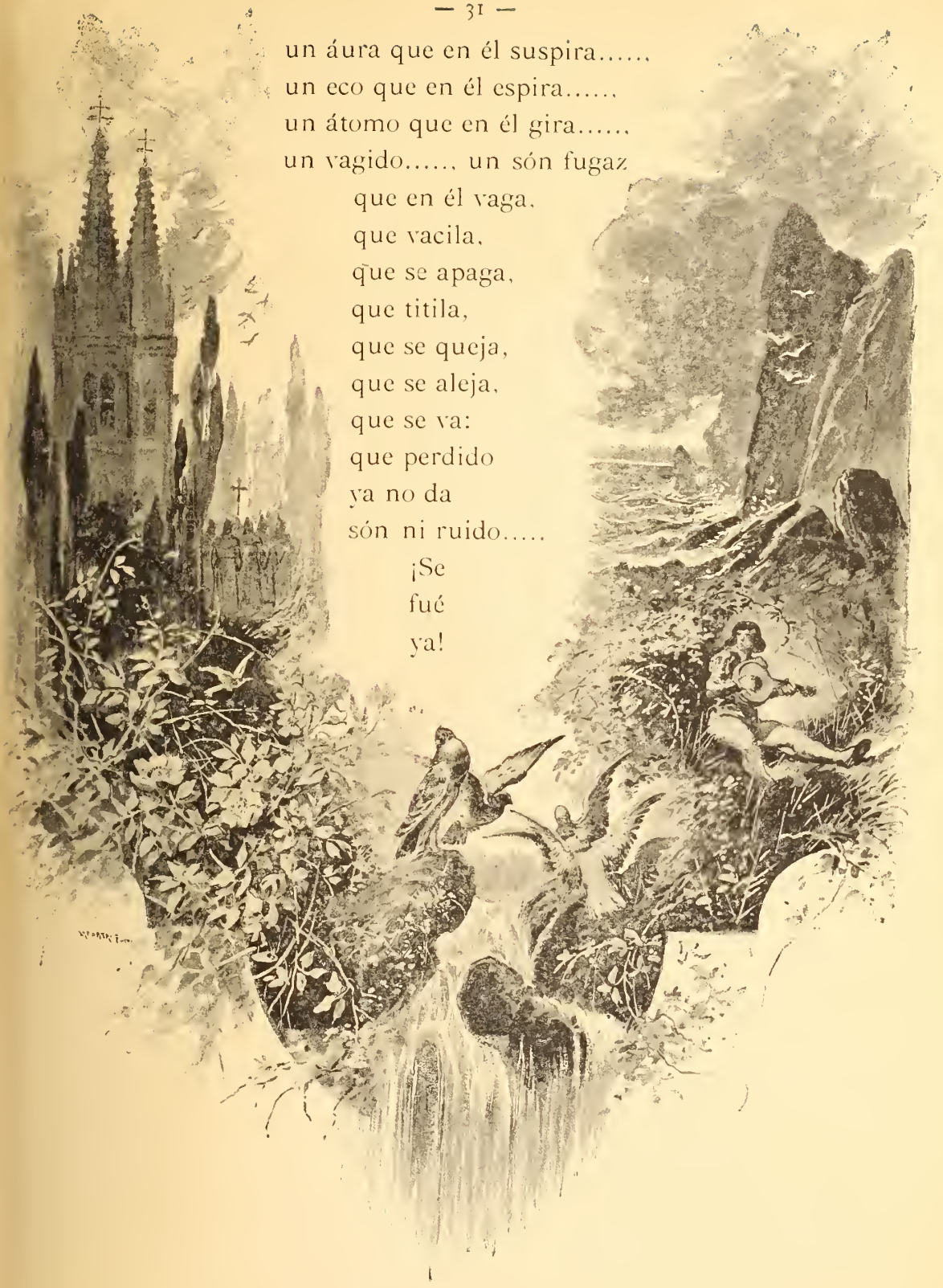
IV

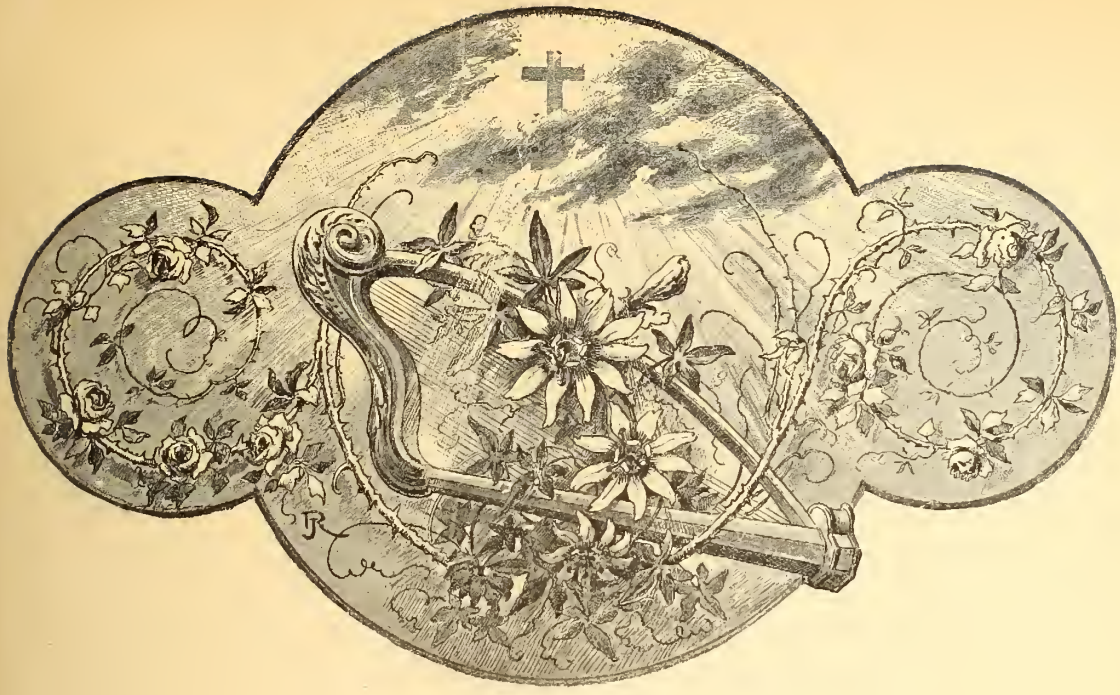
Y un día á mi pueblo tenía yo atento,
al cual le decía mi armónico acento:
«Acércate, escucha: yo tengo en mi sér
»la esencia del canto y el germen del cuento:
»con ellos, del alma las penas ahuyento:
»mi voz es la fuente que mana el placer.
»Yo soy todo flores, luz, fe, poesía:
»mis versos exhalan á sándalo olor:
»mis cántigas tienen viviente armonía,
»y tienen mis versos á besos sabor.
»Mi vida no tiene ni noche ni día:
»mi vida es un cuento de un sueño de amor;
»en mí todo es vago: todo es en mí incierto:
»no tengo en mis pasos fanal conductor:
»el mundo á mi marcha do quier está abierto;
»no tengo ni sino, ni horóscopo cierto:
»no tengo camino que juzgue mejor.
»Yo voy por los mares sin rumbo ni puerto:
»yo voy por el viento detrás del condor:
»yo voy por la tierra con la agua del río:
»de mar, tierra y vientos, el ámbito es mío:
»de nadie soy siervo, de nadie señor.
»Yo soy el poeta, que va en el desierto
»cantando la gloria del Dios Creador,
»cual átomo errante del grande concierto
»que elevan los mundos al Sumo Hacedor;

»y si hablo, á mis frases responde el vacío:
»si gimo, me hace ecos el viento bravío:
»si canto, me presta la alondra su pío:
»si trino, gorjeos me da el ruiseñor.

Y hace coro á la voz mía
la viviente salmodía
que del mundo á Dios envía
la armonía universal:
aquí el rumor de las hojas,
allí el són del manantial;
aquí el niño á quien arrulla
de su nodriza el cantar:
allí la ronca tormenta
que revienta el huracán:
acá el colibrí que zumba
en derredor de un rosal:
allá el muezzin que murmura
una sura del Korán:
allá lejana campana
de cristiana catedral:
allí la audaz gritería
de insurrección popular;
allá arrullo de palomas;
allí el fragor de un volcán;
allí la trompa de guerra,
un mandolín más allá:
aquí el brindis de la boda,
allí un salmo funeral.....
todo el rumor de la tierra;
más lejos....., el de la mar.....;
más lejos....., los ruidos vagos
del aire en la inmensidad:

un áura que en él suspira.....
un eco que en él espira.....
un átomo que en él gira.....
un vagido....., un són fugaz
que en él vaga,
que vacila,
que se apaga,
que titila,
que se queja,
que se aleja,
que se va:
que perdido
ya no da
són ni ruido.....
¡Se
fué
ya!





Est Deus in nobis

I

Nunca he sido yo más que un vagabundo:
yo soy el escritor de menos ciencia,
el ingenio español menos profundo,
el versificador más sin conciencia;
mas, aunque soy tal vez el más fecundo,
flor sin aroma, frasco sin esencia,
de sentido y de lógica vacía,
ser suele un vago són mi poesía.

Como el ruido del mar, como el del viento,
como el de un manantial de agua corriente,
como el canto del ave, como el lento
són de la lluvia ó de la espuma hirviente,
inextinguible, pertinaz mi acento
se exhala de mi sér perennemente;
pero, como esos ecos del vacío,
es un són fútil el acento mío.

¿Por qué, pues, de poeta alcancé nombre?
¿Por qué hay de oirme afán por donde paso?
¿Por qué llamáis para escucharle al hombre
de saber y de juicio más escaso?
¿Queréis que yo os revele, aunque os asombre
ver que en tan poco lo que valgo taso,
por qué del bardo me otorgáis la palma?
Porque me ha puesto Dios la fe en el alma.

Yo voy, del universo ciudadano,
bardo cosmopolita y vagabundo,
la fe leal del corazón cristiano
vertiendo audaz sobre el revuelto mundo
en el sonoro idioma castellano;
y, como en Dios mis esperanzas fundo
y bajo el manto de su fe me abrigo,
por do quiera que voy va Dios conmigo.

II

Como al ave, al nacer, me dijo—«¡canta!»
y á impulso de la fe que en mí se encierra,
arrancada la voz de mi garganta,
resuena sin cesar sobre la tierra;
y como el fénix sin cesar cantando
voy mi fe por la propia y por la extraña.
y como el fénix moriré entonando
mi canto funeral en la montaña.
¿Dónde aprendí mis cántigas?—Lo ignoro.
¿Dó va las suyas á aprender el ave?
¿Dónde toma su ruido el mar sonoro?
¿Dónde el aire su són áspero ó suave?

¿No lo sabéis?—Ni yo.—De ellos distinto,
mas como al mar, al pájaro y al viento,
me dió Dios un instinto y un acento,
y canto..... porque Dios me dió ese instinto.
Yo nada sé, ¡ay de mí! Todo lo ignoro.
Hijo de un siglo inquieto y de una tierra
que desolaba fratricida guerra,
á mi primer cantar hicieron coro
gritos discordes de furor y espanto,
ayes de hiel y desgarrado llanto.
No tuve tiempo de aprender; me hicieron
salir al mundo solo, casi niño
los vaivenes del siglo; me perdieron
mi familia y mis padres el cariño.
Yo no gocé jamás su compañía;
ellos en pos de su opinión se fueron
á la montaña á pelear, y huyeron
de mí y me maldijeron por la mía.
Yo, vagabundo, sin afán en tanto
por el mundo al vagar, ¿qué es lo que hacía?
Dejarme arrebatar por el encanto
de la santa y risueña poesía,
amparar mi orfandad bajo su manto.
Yo, que ni bando ni opinión seguía,
ni les seguí jamás, ni áun hoy les sigo,
sentí mi inspiración, probé mi canto,
cedí al instinto que nació conmigo;
y no sabiendo más, di á mis cantares
las frases de la fe de mi creencia,
y conté las leyendas populares:
por eso me escucháis: ésa es mi ciencia;
y eso es lo que os inspira á mí cariño;

eso es lo que en mis versos os hechiza:
que os cuento con más fe y con más aliño
lo que, al mecer en su regazo al niño,
os contó á cada cual vuestra nodriza.

Yo, poeta de instinto y no de ciencia,
aunque, alumno del griego clasicismo,
bebí en mi infancia la nectárea esencia
del castalio licor del paganismo,
busqué mi inspiración en mi conciencia;
pedí mi númen á mi pueblo mismo:
abandoné el Olimpo por el cielo,
y en la fe y caridad del cristianismo
halló mi corazón la que sentía
y al fin debía de encontrar su anhelo,
la de la fe, la sola poesía
capaz de dar al corazón consuelo.

¿Quién me enseñó sus tonos? Dios lo sabe.
Dios, que de són al universo ha henchido,
para que del empíreo hasta la clave
alce ese himno perenne y no aprendido
que ha de sonar hasta que el mundo acabe;
hasta que Aquel por quien creado ha sido,
conforme le creó con su palabra,
á su polvo con otra el cäos abra.

Mi inculta inspiración, mi tosco verso,
en los sones del himno se han nutrido,
que cantar á su Dios al universo
siente mi corazón y oye mi oído:
ese himno santo, místico, perenne,
que un solo instante de sonar no deja,
inextinguible, universal, solemne,
de nuestro globo en derredor: que aspira

su hálito en el de Dios: máquina errante
por el vacío azul, viva y radiante
con propia vida y luz: que nunca vieja,
ni cae jamás ni descarriada gira:
que ni vacila nunca ni se aleja
de su órbita jamás; que siempre mira
al Dios que errar ante su faz la deja
cantando ese himno que su amor la inspira.
Himno compuesto del fugaz gemido,
de la ráfaga rauda, de la queja
de la tórtola viuda, del zumbido
del impalpable insecto y de la abeja
que el panal elabora; del balido
de la espantada oveja
que oye al lobo acercarse á sus rediles,
y llama á su pastor, que en la cabaña
ensaya sus sonatas pastoriles
en la zampoña ó el rabel de caña;
del rumor soñoliento de la fuente
que bajo el césped invisible suena;
del pavoroso estruendo del torrente
que el valle asorda y la caverna atruena;
del triste són de las marinas ondas,
que vienen arrastrándose con pena
unas tras otras, túrgidas, redondas,
leve espuma á tornarse en el arena;
ese himno, en fin, universal, sonoro,
que cuanto tiene voz á Dios levanta,
y del supremo Criador á coro
testifica el poder, la gloria canta;
que en todos los dialectos y lenguajes,
y en medio de las razas más ateas,

con la voz de los pueblos más salvajes,
dice al Sumo Hacedor:—«¡Bendito seas!»—

III

Esa es la inspiración de mis cantares:
esa fe me inspiró mi poesía;
y abandonando, niño, mis hogares,
he cantado mi fe con osadía
de París á los árabes aduares,
de las playas del Norte al Mediodía;
mas canto como un pájaro perdido:
nada sé, nada soy....., ni nada he sido.

IV

Hija de mi fe ignara pero pura,
mi poesía es tal; de ciencia ajena,
agua que pasa, brisa que murmura,
pío de alondra, manantial que suena,
exhalación de estío que fulgura
un instante en la atmósfera serena,
si con ella os cansé, no lo hice á expreso:
me mandaron hablar....., y hablé por eso.

La siesta

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla.
La luz es una llama que abrasa el cielo;
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca, todo se enerva;
la culebra se enrosca bajo la yerba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño á la hembra deja en la torre.

Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo;
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea.
Todo al fuego se agosta del seco estío;
duerme hasta la langosta sobre el plantío:
sólo yo velo y gozo, fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno:
porque mi Rosa,
reclinada en mi seno,
duerme y reposa.
Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

I

Como le canta y mece la madre al tierno niño
que duerme en su regazo, mi amor te arrullará;
como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
los versos que te canto mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?

¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal,
y al cual todas las noches á alimentar venía,
la abeja que le amaba, con miel de su panal?
¿Prefieres una historia como la historia horrenda
de aquel que fué á su dama celoso á degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda,
y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo;
porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba, posada en un capullo,
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

¡Mas duerme, vida mía, mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo!
Mientras la aura en tus rizos juega y te orea,
en contar tus hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño,
como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo á millares pondré mi empeño
en inventar cantares para tu sueño.
La enramada nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
todo invita á la siesta: duerme, bien mío:
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

II

Mis ojos no se sacian de verte y de admirarte:
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.
Mas sé, aunque estás dormida, que escucha tu alma atenta
los versos que en tu oído depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,
y en ellos destilado mi corazón te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras duermes,
las pausas de tu suave vital respiración,
tus manos entregadas bajo la mía inermes,
y tu hálito que absorbe voraz mi aspiración.
Mientras que yo te canto, tú sientes cómo te amo;
mi amor no se lo ha dicho jamás á tu pudor;
mas sé que tu alma en sueños responde á mi reclamo,
mientras que yo te duermo con mi cantar de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
con mis palabras, *algo* de la inmortal pasión
de la cabeza que iba con un murmullo vago
á dar á su verdugo su beso de perdón.

Yo te amo como el mundo jamás ha amado,
con un amor profundo de fe dechado;
aun más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.
Yo te amo y te envío de mis amores
la voz, como el rocío la alba á las flores.

Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
yo velaré tu siesta: ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

III

¡Qué hermosa eres, Rosa! Nacistes en Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz:
tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Guad-al-kebir feraz.
Sus árboles han dado su sombra á tus pestañas;
tus párpados se han hecho con hojas de su azahar:
la esencia de sus nardos se encierra en tus entrañas,
porque trasciende á ellos tu aliento al respirar.
Tus trenzas me recuerdan la perenal guirnalda
de plantas siempre verdes que toca su ciudad;
tu cuello, lo gallardo de su gentil Giralda;
tu alma, de su cielo la azul serenidad.
¡Qué hermosa estás!... Mas... ¿me oyes? Tu boca me sonríe,
tu lengua pugna en sueños palabras por formar.
Si son para mí, dílas, ¡mi bien!..., que me confíe
tu amor, en sueño al menos, que me pudiste amar.
Pronúncialas, ¡mi vida! Su plácido murmullo
dará á mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
como la miel que daba, posada en un capullo,
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece:
¿qué idea ruin te acosa que te entristece?
Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas:
da á mi oído esas quejas que no formulas.
El cielo en tu risueño labio se abría:
¡vuelve á aquel dulce sueño que sonreía!
Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
en tu faz de tu alma mirando al cielo.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
todo invita á la siesta: ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

IV

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüeña
no á mí me sonriese, sinó á feliz rival!.....
¡Si al són de mis cantares falaz con otro sueña
riéndose hasta en sueños de mi pasión leal!
¡Dios mío! Si en el centro del corazón me clava
de su desdén el frío desgarrador puñal.....,
mi amor la daré siempre, como su miel le daba
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
Rosa, podrás matarme, si es que me engañas;
no tu amor arrancarme de mis entrañas.
Del corazón que abrigas la dueña eres,
mas nunca me lo digas si no me quieres.
¿Qué he de hacer yo si al cabo mi alma te adora?
Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.

Duerme, que mi cariño te mece y canta,
como la madre al niño que aún amamanta.
Duerme: y si á la hora de esta, de tu amor frío
ya nada más me resta que tu desvío,
mi alma está á tus pies puesta, duerme: en Dios fío;
yo te amo tanto,
que tragarse á mis ojos
haré mi llanto.
Tú dormirás en calma, ¡de mi amor centro!
Mis lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
duerme en calma tu siesta, que el duelo es mío:
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

Recuerdos de Granada

I

DESDE LA MONTAÑA

Llevadme en vuestras alas ¡oh brisas de la aurora!
llevadme á aquellas cumbres que dan sobre la mar;
allí donde fermenta la tempestad sonora,
donde el capullo fresco bajo la nieve mora,
donde el peñón coronan el mirto y el azahar.

Llevadme do á la sombra de las silvestres parras,
y al borde de las fuentes del Darro y del Genil,
que saltan entre picos de jaspes y pizarras,
se ven las escondidas fragosas Alpujarras,
baluarte postrimero del pueblo de Boabdil.

Llevadme á las montañas donde se bebe pura
el aura que el espacio tapiza con su azul;
allí donde los cielos se abarcan en su anchura,
allí donde se alcanzan en la feraz llanura
á Málaga y Granada por cima del Padúl.

Llevadme á la más alta de sus enhiestas lomas
donde las dos ciudades muslímicas se ven;
joyeros do incorruptos se guardan los aromas,
tazones de alabastro do abrevan las palomas,
jarrones que conservan los lirios del Edén.

Llevadme: y al murmullo de las vecinas olas,
á los primeros rayos del matutino albor,
la frente coronada con las primeras violas,
hincado sobre el césped cubierto de amapolas
os cantaré las glorias del castellano honor.

Y á par también vosotras, poéticas ficciones,
encantadoras hijas del númen oriental,
sutiles, vaporosas, risueñas creaciones
que habéis abandonado las Líbicas regiones
trayendo á estas montañas la casa paternal:

Vosotras, magas bellas, que en grutas de cristales
debajo de los lagos tenéis vuestra mansión,
alcázares morando de nácar y corales,
cubiertos con alfombras más finas que los chales
que os labra Cachemira, que os rinde adoración:

Vosotros, raudos silfos, que en el peñasco umbrío
entre las frescas hojas del tulipán dormís,
bañándoos en las gotas del trémulo rocío
suspensas en el césped, de cuyo centro frío
las nuevas mariposas á perseguir salís:

Vosotros, gratos ecos, que en la caverna oscura
las voces misteriosas gozáis en remedar
del pájaro salvaje que silba en la espesura,
del agua que en las grietas del peñascal murmura,
del aire que susurra las ramas al cruzar:

Vosotras, creaciones del genio de Mahoma,
hurís encantadoras del oriental Edén,
más bellas y agradables que el cisne y la paloma,
más gratas y ligeras que el humo del aroma,
más puras que las aguas del pozo de Zemzem:

Vosotras, cuyo aliento el aire aromaría,
cuya saliva hiciera dulcísima la mar,
cuya mirada ardiente la noche alumbraría,
cuya sonrisa amante vertiera la alegría
en la morada triste del eternal pesar;

el terrenal encanto que en vuestro sér respira,
la poesía humana que atesoráis en él
prestadme: no enojadas abandonéis mi lira
cuando á la Cruz ensalza, porque á la par suspira
por las vencidas lunas del pueblo de Ismäel.

Venid en torno mío á oir de vuestras penas
la deleitable historia, si triste relación;
que os guarden en su cáliz los lirios y azucenas,
que lecho os den las lomas de madreselva llenas
y alivie vuestra cuita de mi cantar el són.

Y si es que por desdicha mi voz os entristece,
ó el resplandor os ciega de la triunfante Cruz,
cerrad los pabellones del cáliz que os guarece;
llorad en él á solas mientras en él os mece
la brisa que levanta la matutina luz.

Mas no turbéis mi canto: ahogad vuestros gemidos:
no hagáis que de estas sierras os lance descortés
quien canta los tesoros por vuestro mal perdidos,
mas quien en la victoria respeta á los vencidos,
porque la causa noble de los vencidos es.

Callad y oid en calma, por más que sea en duelo.
¡Silencio! Ya la aurora comienza á clarëar;
la tierra se colora: se tornasola el cielo,
y en vasto panorama su pintoresco suelo
Granada tiende fértil desde la sierra al mar.

Granada, cuyo cielo sostiene el paraíso
sobre arcos de zafiros y bóvedas de luz;
damasco de la Europa, de cuyo fértil piso
un nuevo Edén terreno naturaleza quiso
hacer, enamorada del ámbito andaluz.

Preciosa perla orlada de rica pedrería,
de ceñidor la sirven sus poblaciones mil,
tesoros de riqueza, de amor y de alegría;
la saludable Alhama, la cómoda Almería,
y Córdoba la sábia, y Vélez la gentil.

Y sobre todas Málaga, verjel de la hermosura,
sultana de las aguas, alcázar del amor;
estrella suspendida sobre la mar oscura,
que alumbra en las tormentas, y salvación augura
al náufrago que lucha del mar con el furor.

¡Granada.....! Alá te ha hecho la reina de las flores:
tu sierra es blanca tienda que pabellón te da;
tus muros son un lecho do duermen los amores,
tu vega un chal morisco bordado de colores,
tus torres son palmeras en que prendido está.

Trasunto de los ricos y fértiles paisajes
do gozarán los justos interminable Abril,
tus claros horizontes de límpidos celajes,
tus árabes palacios labrados con encajes,
tus cármenes regados por fuentes de marfil.

Mas ¿cúyas son las tiendas que alfombran tu llanura?
¿Quién alza de tí enfrente su osado pabellón?
¿Quién tala de tu vega la pródiga verdura?
¿Qué signos son aquellos que brillan en la altura?
¡Las cruces! ¡Dios bendito! Los castellanos son.

Son ellos. Han plantado su campo en un momento,
del cerro de la estéril Ilíberis al pie.
Son ellos: y en el centro de su ancho campamento
se elevan dos pendones á la merced del viento.....
¡Dios sea con los reyes que lidian por la Fe!

¡Dios sea con Castilla! De su guerrera trompa,
los ecos estremecen á la árabe Babel:
sus huestes, impacientes porque la lid se rompa,
ante sus reyes vienen con altanera pompa.
¡Salud, grave Fernando! ¡Salud, noble Isabel!

Salud, jefes ilustres, leales caballeros,
cuyos arneses brillan con misteriosa luz,
porque debajo de ellos, creyentes verdaderos,
alientan corazones que exhalarán enteros
el último suspiro lidiando por la Cruz.

Dios sea con vosotros, los que en la fe constantes,
para asediar el templo del ídolo gentil,
cruzando las montañas cuajadas de turbantes,
cubriendo los senderos de hermanos espirantes,
llegáis á la ancha Vega del límpido Genil.

Llegáis..... pero llegando, ¿qué dejan á su espalda
vuestros bizarros tercios del árabe en poder?
¿Quién guarda las mil torres que asientan en la falda
de las quebradas sierras, que alfombra de esmeralda
el césped que entre nieves aprende á florecer?

Los rojos estandartes de vuestro rey ahora
coronan las murallas de Ronda y Setenil,
los blancos alminares de Málaga y de Alora,
los ojos de Granada, que son Moclín é Illora,
las peñas escarpadas de Loja y de Cambil.

Las playas de Marbella, donde se acuesta el día;
los cerros de Bentómiz, los valles de Lecrín,
las fértiles campiñas de Baza y Almería,
las joyas más preciadas que el moro poseía,
están de los cristianos en el poder al fin.

¡Ay de vosotros, hijos del Africa abrasada,
los que seguís el sino fatal de Abú-Abdil!
¡Ay de vosotras, hijas de la oriental Granada,
las que os bañáis alegres en la agua aljofarada
que á vuestras puertas vierte morisco cabuchil!

¡Ay de vosotros, todos los que miráis su Vega
cubierta con las tiendas del castellano rey,
y veis que vuestras mieses para sus tropas siega,
y sus caballos pacen lo que vuestra agua riega,
é incendia los lugares que habita vuestra grey!

Yo os veo á las almenas del muro granadino
medrosos apiñaros en popular tropel,
y veo el grupo blanco que forma el remolino
de gente cuyo rostro corona el ancho lino
con que su frente toca la raza de Ismäel.

Os veo en el silencio del miedo que os espanta,
inmóviles al muro los rostros asomar,
y el corazón helado, sin voz en la garganta,
miráis desvanecidos la Cruz que se levanta
encima de las tiendas del castellano adoar.

¡Aláj-u-akbar! ¡Cobardes! Lanzad del noble pecho
el miedo que abre al hombre sepulcro sin honor;
sacad á vuestros jefes del perfumado lecho,
y pues tenéis al cabo también vuestro derecho,
salid á defenderle y Alá con el mejor.

¡Aláj-u-akbar! ¡Cobardes! Montad vuestros corceles,
bajad al campo ó gloria ó túmulo á buscar,
y prueben vuestros botes impávidos Gomeles,
Zenetes vengativos y Ben-Humeyas fieles
que corre en vuestras venas la sangre de Alí-Athar.

¿Creéis que vuestros padres la mar atravesaron,
ganaron palmo á palmo la tierra en que vivís,
y en medio de jardines vuestra ciudad fundaron,
la hincheron de tesoros, de torres la cercaron
para llorar su infame cautividad? ¡Mentís!

A precio de su sangre sus vegas se adquirieron,
con sus tesoros se hizo tan delicioso edén;
y pues la noble vida por dárosle perdieron,
honrad cual buenos hijos á los que el sér os dieron
y pelead como ellos, ó sucumbid también.

Así, ¡que Alá os asista! Los roncos añafiles
atruenan el recinto de la ciudad verjel;
ya acuden tus guerreros á defenderte á miles:
¡Granada!..... Tú no has sido la cuna de hijos viles,
y los que dió tu seno sucumbirán en él.

¡Aláj-u-akbar! ¡Muslimes! Hé ahí los castellanos;
no os queda más baluarte que vuestra corte ya.
¡Al arma, granadinos! ¡Al arma! ¡Los cristianos!
Lidiad, si no sois perros, esclavos y villanos.....
¡Aláj-u-akbar, ya en armas la población está!

Ya ciñen sus murallas ferrados capacetes;
ya ondea en la alcazaba su sacro pabellón;
ya asoman por Bib-Rambla los árabes jinetes;
ya baja de la Alhambra Boabdil con sus Zenetes;
¡Dios salva á los que mueren bajo su real pendón!

II

LA CARRERA

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
ganando á saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje
á riesgo de la vida de su jinete real.
Él con entrambas manos le recogió el rendaje
hasta que el rudo belfo tocó con el pretal;
mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
los calvos pedregales, los cenagosos hoyos,
que el paso de las aguas del temporal formó,
sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
como lanzado en páramo á la carrera abierto,
cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,
el desbocado potro veloz atravesó.

Y matas, y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión
del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
que forja el delirio, febriles, ligeras,
risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
girando, bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
las copas ligeras de palmas y pinos,
las varas revueltas de zarzas y espinos,
las yedras colgadas del brusco peñón,
medrosas fingiendo visiones perdidas,
gigantes, y monstruos de colas torcidas,
de crespas melenas al viento tendidas,
pasaban en larga fugaz procesión.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
de la ilusión; fantásticos é informes
abortos del pavor; mudas y enormes
masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
pasaban aturdiendo su cabeza
con diabólico impulso y ligereza,
en fatigosa hilera pertinaz.

Pasaban, y Al-hamar las percibía
pasar, sin concebir su rapidez,
en más vertiginosa fantasía,
en más confusa y tumultuosa orgía,
más juntas, más veloces cada vez;
y atronado su espíritu, cedía
á la impresión fatídica, y corría
frío sudor por su morena tez.

Y en su faz estrellándose el viento,
la ponía en nerviosa tensión,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmón;
y golpeando en sus sienes sin tiento
de su sangre el latido violento,
sus oídos zumbaban con lento,
y profundo y monótono són.

Ya creía que huyendo el camino
del corcel bajo el cóncavo callo
galopaba sobre un torbellino,
mantenido en su impulso no más.
Ya creía que el negro caballo
por la ardiente nariz y los ojos,
despidiendo metéoros rojos,
rastro impuro dejaba detrás.

Ya sorbido por denso nublado,
con la lluvia, el granizo y centellas
de que lleva su vientre preñado,
crée que va fermentando á la par.
Nubes cruza tras nubes; y en ellas,
del turbión al impulso sujetos,
mira mil nunca vistos objetos
remolinos eternos formar.

De este vértigo horrible transido,
caminaba á las riendas asido,
en los corvos estribos seguro,
y entre en uno y el otro borrén
empotrado, dejando abatido
por el bruto llevarse en lo oscuro;
y empezaba á perder el sentido
del escape mareado al vaivén.

Rendido y las fuerzas perdiendo
al vértigo intenso cedió;
y loco el cerebro sintiendo,
los ojos cerrar no pudiendo,
la ciega mirada fijó,
tenaz contracción manteniendo
no más su equilibrio, y corriendo
cual otro fantasma siguió.

Y espacios inmensos cruzando,
y atrás á la tierra dejando,
las vallas de sombra saltando,
que cercan el mundo mortal,
creyóse su mente perdida
en tierra jamás conocida,
región de otra luz y otra vida
de atmósfera limpia é igual.

Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía á lo lejos
en esta nueva región;
y el alma, exenta de pena,
cruzando el éter tranquilo,
volaba á un eterno asilo
en otra inmortal mansión.

Suavísimo arrobamiento,
deliquio dulce invadióle,
y encima del firmamento
en el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente,
y ante los ojos pasóle
el Paraíso esplendente
que Mahomad visitó.
El místico y nocturno
viaje de el Profeta
juzgó que iba á su turno
sobre el Borak á hacer:
y la ilusión sujeta
á lo que de él relata,
la bóveda de plata
de un cielo empezó á ver.
Los astros vió suspensos
de auríferas cadenas,
y sus lumbreras llenas
de espíritus de luz;
espíritus inmensos
en forma de caballos,
de corzos y de gallos
de enorme magnitud.
Y vió islas encantadas
flotando en los espacios,
con templos de topacios,
y muros de marfil:
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano dan abiertas
sobre jardines mil.

Allí sobre alhamíes
de cedro y palo-rosa,
bajo la sombra undosa
del tilo y del moral,
yacer vió á las huríes
que, á mil amores tiernas,
conservarán eternas
su gracia virginal.

Y atravesó campiñas
fresquísimas y amenas,
de bosques de ámbar llenas,
y cerros de cristal;
y prodigiosas viñas,
que en frutos dan opimos
las perlas en racimos
en tallos de coral.

Vió grutas pintorescas
por sílfides moradas,
cubiertas sus portadas
bajo el flotante tul
de mil cascadas frescas,
que, atravesando prados
de hermoso añil sembrados,
van tintas en su azul.

Caer las vió en riberas
donde reposan mansos
los monstruos y las fieras
de tierra, viento y mar:
y en plácidos remansos,
el sueño entreteniéndolas,
vió cisnes y oropéndolas
bañarse y juguetear.

Y vió dorados peces
en tumultuoso bando
á flor de el agua á veces
pacíficos nadar,
y á veces elevando
por cima de las olas
los lomos y las colas
la orilla salpicar.

Vió luego estos ríos
crecer sin vallares,
perdiéndose en mares
de leche y de miel;
y en ellos navíos
do van los amores
meciéndose en flores
de uno á otro bajel.

Murmullo tras ellos
levantan sonoro
mil góndolas de oro,
de concha y marfil,
do van Silfos bellos
bogando, con velas
de chales y telas
de trama sutil.

Espuma levantan,
inquietos remando,
los mil gondoleros
que van tripulando
los barcos veleros;
y danzan ligeros,
y armónicos cantan
alegre canción:

y mil gayas aves,
que siguen las naves
al sol esponjando
sus plumas distintas
de mil varias tintas
de azul, gualda y oro,
imitan en coro
del cántico el són.

Al lejos el viento
responde á su acento
allá en la arboleda
moviendo rumor,
y el eco, que atento
en lo alto se queda,
burlón les remeda
cual sabe mejor.

El cuadro divino,
la paz, la ventura,
perfume, frescura
y luz celestial
de aquel peregrino
país, torna pura
al rey granadino
la calma vital.

Y en rápido vuelo
pacífico y blando,
los aires surcando
se siente llevar;
y ve que sin suelo
do fije el caballo
el áspero callo
cruzando va el mar.

Del líquido el fondo
contempla pasando,
y alcanza mirando
del agua al trasluz
el álveo redondo,
que puebla radiante
cohorte flotante
de peces de luz.
Sutiles vapores
le impelen süaves,
y costas y naves
se deja detrás;
y espacios mayores
cruzando en su vuelo,
aborda del cielo
las costas quizás.
Avanza, y niebla
pálida ve
que el aire puebla,
según pie á pie
ganando va
aquel extenso
espacio inmenso
do errando está.
Y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento
en torno de él,
y que se acrece
cada momento
el movimiento
de su corcel.

Anochece
y oscurece
más apriesa
cada vez
el ambiente,
que se espesa
con creciente
lobreguez.
El camino
desparece,
y sin tino,
ni destino
que comprenda,
sobre senda
audazmente
carrilada
por un puente
de movible
tirantez:
tan delgada
como el hilo
en que se echa
descolgada
una oruga:
como arruga
que en tranquilo
lago tiende
cuando hiende
su agua el pez:
tan estrecha
como el filo
de una espada,

como flecha
disparada,
cual centella
desatada,
va sin huella
perceptible
el perdido
Nazarita,
con horrible
é infinita
rapidez.

Hé aquí el paso
más tremendo,
cuyo alarde
nadie evita,
y que todo
mahometano
más ufano,
más cobarde,
más temprano
ó más tarde,
en muriendo
de este modo
debe hacer.

Es el último
pasaje;
es el viaje
postrimer,
do los míseros
nacidos
divididos
han de ser.

Es el puente
de la vida,
que la gente
á luz venida
há por fuerza
de pasar.
El que intente
y haga entera
su carrera,
y de frente
sin caída
la salida
logre hallar,
las justicias
y los sustos
infernales
sin temblar,
por las puertas
celestiales
á las huertas
inmortales
como un ángel
ha de entrar;
las delicias
eternales
y los gustos
perenales
de los justos
á gozar.

A este paso
tan estrecho,
cuyo escaso

corto trecho
es camino
tan dudoso
de cruzar,
pero fallo
riguroso
del destino
y ley santa
que acatar,
se adelanta
vigoroso
el caballo
misterioso
de Al-hamar.
  Temeroso
de mirar,
espumoso,
siempre hirviente,
rebramando
eternamente,
y azotando
siempre el puente
con horrísono
bramar,
bajo de él
hierve el mar.
  Israfel
allí está
para ver
el que va
sin caer,
y pasar

no dejar
al infiel.
De él la llave
y este expreso
cargo grave
tiene este ángel
sobre sí;
y por eso
vela allí,
á Dios fiel,
y al terrible
mandamiento,
cumplimiento
para dar.
Y hé aquí
que por él
va á pasar
el corcel
de Al-hamar.
Llega, avanza.....
ya se lanza.....
ya en él entra.....
ya se encuentra
suspendido
sobre el puente
sacudido
por el piélago
bullente,
cuyo cóncavo
rugido
se levanta
sin cesar.

Aturdido,
sin mirar
á la indómita
corriente
que le espanta,
sin osar
aspirar
el ambiente
que le anuda
la garganta,
sin que acuda
tierra ó cielo
en su ayuda,
vuela y pasa
justiciero,
rey prudente,
juez severo,
y valiente
caballero,
el primero
de la casa
de Nazar.
El puente
vacila;
el príncipe
oscila,
perdido
el sentido,
demente,
transido
de horror.
Ya toca

la opuesta
ribera;
ya poca
carrera
le cuesta.
¡Valor!
Ya llega;
le ciega
el pavor.
¡Ah! ¡Dadle
favor!
¡Salvadle,
Señor!
Ya falto
de aliento
ve el último
salto
violento
á que hórrido
fallo
brindándole
está;
ligero
el caballo,
certero
quizá
le dará.
¡Saltó!
pasó
con bien,
y allá
cayó

de pié.
Salvo
fué.
¡Oh!
ya
¿quién
ve
dó
va?

LA CARRERA

SEGUNDA PARTE

En las desiertas cumbres, que la sierra
á las regiones de la luz levanta
paso al cielo tal vez desde la tierra:
allí donde árbol, animal, ni planta
ni vegeta, ni vaga, ni se encierra
bajo la eterna nieve, y se quebranta
cuanto vida ó calor toma del suelo
al peso de una atmósfera de hielo,

se abre por las montañas un camino,
más bien un tajo, que sus breñas parte
como una faja de planchado lino,
el cual dirige al colosal baluarte
de la nieve; y jamás tan peregrino
sendero supo fabricar el arte,
ni inspirarle á la mente más risueño
maga oriental en hechizado sueño.

Á ambas orillas de su senda blanca
labra caprichos mil el aire helado,
que el ampo trae que el remolino arranca,
dejándole do quier cristalizado.
La agua congela y el vapor estanca,
y cincela sutil filigranado
del hielo en el cristal, cuyas labores
descomponen la luz en mil colores.

Mas como sus espléndidos reflejos
se estrellan de la nieve en el alfombra,
y en el mate cristal de sus espejos
mata al calor la blanquecina sombra,
todo es blanco do quiera, cerca y lejos;
todo el país descolorido asombra
con su igualdad la vista; es blanco el suelo,
blanco el espacio puro, blanco el cielo.

Y allá del peñascal en la estrechura,
por el lugar do empieza este sendero
á blanquear en el fin de la llanura,
comienza á negrëar bulto ligero.
Crece....., se aclara como va la altura
ganando. Es un mortal, un caballero
moro; y conforme lo veloz que sube,
parto fué su corcel de alguna nube.

El ampo de la nieve no desflora
con el herrado casco en su carrera,
y al ver la forma aérea y voladora
de jinete y corcel, se les tuviera
mejor por ilusión fascinadora
que por seres de vida verdadera:
pues ¿quién sinó fantásticas visiones
osaran arribar á estas regiones?

Mas ¿quién bajo los pliegues ve esponjosos
del mullido tapiz de copos leves?
¿Quién conoce los seres vaporosos
que la región habitan de las nieves?
¿Quién sabe qué destinos misteriosos
les dió Aquel que con dos palabras breves
cuando hizo el orbe, al hielo cristalino
del sol, su destructor, puso vecino?

Él solo, Dios. Recóndito misterio
envuelve los contornos liminares
de aquel helado y silencioso imperio
escondido entre rocas seculares.
Solo Él ve lo que encierra este hemisferio,
por entre cuyos blancos valladares
la ardua ascensión al último acomete,
cual suelta nube, el arabe jinete.

De peñón en peñón, de risco en risco,
el tortuoso camino va siguiendo
sobre su negro potro berberisco,
y á los nublados bajo de él va viendo
fermentar en sus vientres el pedrisco
de invisibles torrentes al estruendo;
y según sube hacia la azul esfera,
va aflojando el caballo su carrera.

¿Quién es?—Vuela perdido en la distancia:
su forma es vaga sombra todavía.
¿Dó va?—¿Y quién su poder ó su arrogancia
sabe? Tal vez á la mansión del día.
Genio, tal vez allí tiene su estancia:
mortal, de un filtro acaso se valdría:
mas ya trepa al confín; ya poco á poco
modera su corcel su ímpetu loco.

Ya
se
ve
que
dando
se va,
más blando,
al freno.
Ya no bota
de ira lleno,
ni va ajeno
de derrota
desbocado,
como mata
que arrebata
desbordado
rapidísimo
turbión.
Ya se dilata
su fauce henchida
de comprimida
respiración,
y vïolento
lanza el aliento

que le sofoca
de su pulmón,
con resoplido
de dolorido
cóncavo són.
Doble columna gruesa
de fatigoso aliento,
que hace vapor el viento
sutil de esta región,
cual humareda espesa,
por la nariz opresa
vierte tras sí en la atmósfera
el árabe bridón.
Ya deja la boca herida
más libre al bocado obrar,
y más siente ya la brida
que pudo el señor cobrar.
Ya el vértigo loco cediendo
que ciego siguió á su pesar,
va su ímpetu fiero perdiendo
y empieza cansancio á mostrar.
Ya su rápido escape acortando
detenerse pretende quizá;
ya se templa, é igual galopando
va en un aire pacífico ya.
Y aunque de espuma y de sudor blanquea,
relincha audaz é inquieto cabecea;
y aunque jadeando de fatiga está,
aún piafa, y se encabrita y escarcea,
y los ijares con la cola airea,
y corvos saltos de costado da.

Ya cambia; ya el trote medido levanta,
y el cuello engallado, segura la planta,
altivo en la sombra mirándose va.
Ya lenta y suavemente su dueño le refrena;
se acorta; ya en el paso su marcha va serena.
Recógele; obedece; paró. ¡Loado Alá!
¡Vertiginoso vuelo! ¡Fantástica carrera!
Más rápido su impulso que el de las nubes era;
caballo y caballero volaban á la par
en alas de un nublado. La alondra más ligera,
ni el águila más rauda, pujante y altanera,
pudieron un instante su rapidez tomar.
Al fin cesó.—Las bridas en el arzón dejando,
los miembros extendiendo, con ansia respirando,
repúsose el jinete sobre la silla al fin;
y absorto las miradas en derredor tendiendo,
se halló de extensas nieves en un desierto horrendo,
océano de hielo sin costas ni confín.
¡Ni flor, ni fiera, ni ave por la región extraña
do se contempla aislado!—Sólo hay una montaña
que gruta cristalina taladra por el pie.
¿Y un mar, y un paraíso, que ha visto el caballero,
de espíritus y genios poblado? ¿Y el sendero
por do hasta allí ha subido?—Delirio, sueño fué.

III

Introducción de EL LIBRO DE LAS PERLAS

En el sagrado nombre del que en el orbe impera,
oculto del espacio tras la cortina azul,
que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,
del LIBRO DE LAS PERLAS comienzo la escritura
en verso claro y fácil á comprensión común.
Leed; ¡y plegue al cielo os sea su lectura
raudal de fe sincera, venero de salud!

¡Oh genios invisibles, que erráis en las tinieblas
en grupos impalpables, sobre alas sin color!
Vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas,
que amigos de las sombras aborrecéis al sol;
vosotros, cuya ciencia comprende los mil ruidos
que pueblan el espacio con misterioso són,
y comprendéis los cantos, murmullos y gemidos
con que susurra el árbol y canta el ruiseñor;

vosotros, que asaltando con silencioso vuelo
los áureos miradores del desvelado rey,
llenáis de miedos vagos sus horas de desvelo
con los siniestros ruidos que á su cristal hacéis;

vosotros, que á la reja del camarín estrecho
do la cautiva sueña con su perdido bien,
con vuestro aliento puro enviáis hasta su lecho
mil bellas ilusiones de amor y de placer;
vosotros, favoritos del genio y la armonía,
que á par de las abejas saltáis de flor en flor,
la gota estremeciendo titiladora y fría
con que el rocío baña su virginal botón;
de vuestra poesía verted en mí el tesoro;
lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,
porque mi mano pueda sacar del arpa de oro
las cláusulas que dignas de mi relato son.
Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo
en la divina empresa que audaz acometí.
¡Oh genios de la noche! divinizad mi canto,
y EL LIBRO DE LAS PERLAS guiad hasta su fin.

Guiad en él mi pluma,
iluminad mi mente,
y á la belleza suma
de asunto tan gentil
haced que el pensamiento
se eleve noblemente,
y llegue al firmamento
mi acento varonil.
Yo trazo aquí el relato
de tan divina historia,
yo pinto aquí el retrato
de tan divino sér,
que la palabra humana,
ni la mortal memoria
querrán con ansia vana
contar y comprender.

Mi historia es tanto bella
cuanto la lumbre vaga
de solitaria estrella
en recio temporal;
cual la canción doliente
que caprichosa maga
murmura de una fuente
bajo el fugaz cristal.
No hay lengua que la cuente
ni mano que la trace;
el cuadro en vuestra mente
fingid más ideal,
el tono que á vuestra alma
más predilecto place
dadle, y la luz, la calma
que falta al mundo real.
Encima figuraos
de secular colina
cuando el nocturno caos
platea el resplandor
de la modesta luna,
que amante sin fortuna
eterna peregrina
del sol tras el amor.
Fingíos una extensa
riquísima llanura
cubierta de verdura,
y de caprichos mil
llenadla; figuráosla
en la estación viciosa
que abrir hace á la rosa
su pétalo gentil.

El céfiro, de aromas
cargado, nos orea
la faz; brotan las lomas
con juvenil vigor
mil yerbas con que el viento
inquieto juguetea
con manso movimiento
y lánguido rumor.
Fingíos una vega
que parte en cien pedazos
de un río que la riega
el líquido cristal,
que caprichoso extiende
los transparentes brazos
do quier que el cauce tiende
su lecho desigual.
Fingíos esta vega,
cuya cubierta verde
al horizonte llega
y en su extensión se pierde,
poblada de castillos
y caprichosas ruinas,
de alegres lugarcillos,
de chozas campesinas;
de huertos pintorescos,
de arroyos cristalinos,
de bosquecillos frescos,
de móviles molinos,
de blancos palomares,
rebaños y yeguadas,
bodegas, colmenares,
establos y toradas:

fingid que en ella alcanza
la vista por do quiera
la campesina danza
á que en tranquila holganza
y en amistad sincera,
tras del trabajo ociosa,
se entrega bulliciosa
la alegre multitud:
fingid este relato
oído al són sencillo
(mas cual ninguno grato)
del tosco caramillo,
y al trémulo y quejoso
balar del cabritillo,
y al canto trabajoso
del soterrado grillo:
fingíos que lejana
del monasterio antiguo
doblando la campana
con su clamor despierta
al perro, que está alerta
en el redil contiguo,
y en demostrar se afana,
ladrando, su inquietud:
y atento el ojo tiende
al campanario viejo
de donde el són se extiende,
y ve el móvil reflejo
del esquilón, que gira,
y el resplandor le admira
del bronce que repele
los rayos de la luz:

fingíos este suelo
tan bello, coronado
con un hermoso cielo
de transparente azul,
en cuyo fondo puro,
quebrando el horizonte,
sobre el perfil oscuro
del apartado monte,
por cima del convento,
mansión de la virtud,
pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
del árbol sacrosanto de la eternal salud,
destácanse en el campo del limpio firmamento
los dos abiertos brazos de la cristiana Cruz.
¿Tenéis en la memoria
tan mágica pintura?
¿Miráis esta llanura
tan bella cual mi pluma pintárosla intentó?
Pues es más halagüeña,
más plácida y risueña
la celestial historia
que en este libro frágil os voy á contar yo.

IV

GRANADA

¡Granada! Ciudad bendita,
reclinada sobre flores,
quien no ha visto tus primores
ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
y habitado tus palacios,
visitado há los espacios
encantados del Edén.
Paraíso de la tierra,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cultivó celeste hurí,
la salud en tí se encierra,
en tí mora la alegría,
en tus sierras nace el día
y arde el sol de amor por tí.
Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman los aromas
de un florido eterno Abril:
de tus fuentes cristalinas
surcan cisnes los raudales;
bajan águilas rëales
á bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen
con sus trinos y sus quejas,
el afán de las abejas
que en tus troncos labran miel;
y en tus sauces se detienen
las cansadas golondrinas,
á las playas argelinas
cuando emigran en tropel.
En tí como en un espejo
se mira el Profeta santo;
la luna envidia el encanto
que hay en tu dormida faz,
y al mirarte á su reflejo
el arcángel que la guía,
un casto beso te envía
diciéndote:—«Duerme en paz.»
El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles va la brisa
de la aurora á reposar.
¡Oh Granada! la sultana
del deleite y la ventura,
quien no ha visto tu hermosura
al nacer debió cegar.

V

LA ALHAMBRA

¡Salve, favorita bella
del Amir más poderoso!
¡Salve, tienda de reposo
de la gloria y el placer!
¡Vele Dios tu buena estrella,
dichosísima señora!
¿Quién de tí no se enamora
si una vez te llega á ver?
Al-hamar vertió en tu seno
de sus perlas los tesoros,
te hizo perla de los moros,
puso reinos á tus pies.
Noble reina, de labores
tu real manto arrastras lleno,
y cada una de sus flores
un soberbio alcázar es.
Hermosísima africana,
ríe y danza voluptuosa:
tu albo seno es una rosa
en lo fresco y lo gentil.
Regocíjate, sultana,
ríe y danza sin pesares,
que el compás de tus danzares
llevarán Darro y Genil.

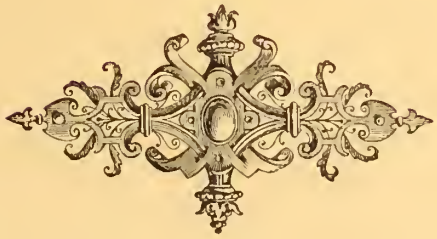
Ríe y danza: ¿quién descuella
como tú en poder y gala?
¿Quién compite, quién iguala
tu opulenta majestad?
Donde tú sientas la huella
van sembrando los amores
la semilla de las flores
que perfuman tu beldad.

¿Dónde está la altiva reina
que á la par de ti se ostente?
¿Dónde está la que su frente
se corone como tú?
Son jardines tus cabellos,
que, aromado, el viento peina,
cuando Mayo prende en ellos
tocas de verde tisú.

Diadema con que se ciñe
tu Granada, son tus brillos
del color en que se tiñe
roja el alba al purpurear.
Tus diamantes son palacios
engastados en cintillos
de murallas de topacios,
que deslumbran el mirar.

Y esas bóvedas ligeras
cual prendidos cortinajes,
y esos muros como encajes
delicados en labor,
de las manos hechiceras
de los genios han salido,
que en secreto ha sometido
á su dueño el Criador.

¡Regia Alhambra! ¡Áureo pebete
perfumero de sultanas!
tus arábigas ventanas
son las puertas de la luz.
El Oriente se somete
á tus pies como un cautivo,
y hace bien de estar altivo
de tenerte el andaluz.



Á GRANADA

EN LA CEREMONIA DE LA CORONACIÓN

ILLE EGO QUI QUONDAM.....

I

Yo soy aquel de entonces, el trovador romántico,
el que en tu prez á miles sus versos prodigó:
y acorde con aquéllos va á ser mi último cántico.
¿Por qué de lo que he sido renegaría yo?

Mas ¿quién soy yo?—¡Un poeta!—Pero eso, ¿qué es?
—Pues..... nada.
No está clasificado su indefinible sér:
yo soy el vuestro, el viejo poeta de Granada;
y pues me honráis....., vosotros quién soy debéis saber.
Yo sé de mí lo incierto, lo vago, lo inseguro,
lo imaginario y fútil, lo sin razón ni pie:
todo eso en que se amasa la fama; un pozo oscuro
do en ver se empeñan todos lo que ninguno ve.
Para unos, el poeta del pueblo es maravilla;
para otros, un inútil parásito holgazán;
y nimbo aquí de gloria, y allá tal vez mancilla,
por todos anda puesto del precipicio á orilla,
y de algo inverosímil reputación le dan.
La mía es un conjunto de absurdos y de antojos
creados y creídos por el favor vulgar:
un aluvión de versos que dan placer y enojos,
un haz de pocas flores entre un millar de abrojos,
que echadas entre el pueblo me han hecho popular.
Mas ¿quién soy yo en mi patria? ¿En dónde tengo arraigo?
¿En dónde me encasilla su escalafón social?
A su social progreso, ¿qué bien, qué misión traigo?
No sé....., tan alto subo como afondado caigo.
¿Quién sabe ya qué puesto me asigna cada cual?
Broté en un cementerio, cual flor de jaramago
parásita en sus tapias y de sus tumbas flor:
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago,
me transformó en alondra....., y yo aspiré á condor.
¿Fué aspiración legítima y anhelos justos fueron?
No sé; mas como el pájaro, con alas me sentí:
volé....., y volé....., y volando las alas me crecieron,
y di la vuelta al mundo....., y he vuelto....., y héme aquí.

Cantando de Granada las glorias he vivido;
glorifiqué su nombre por donde quier que fuí;
y hoy, cual la golondrina leal que vuelve al nido,
como me fuí cantándola, cantándola volví.

¡Señor, sostén del mundo: Dios bueno y compasivo,
que incólume me guardas de ruin decrepitud,
sosténme hoy, á Granada pues que me vuelves vivo,
para elevarla un himno de inmensa gratitud!

Sus hijos, de mis versos y amor en recompensa,
me dan tan excesivo y excelso galardón,
que tal honor me espanta y el corazón me prensa:
los viejos le tenemos sujeto á la razón.

Y está la fe ante todo de mi conciencia honrada:
y lo que en ella guardo me importa haceros ver.
Oid: cuando cantaba las glorias de Granada,
enamorado de ella, ¿qué menos pude hacer?
Mas ni pedíla nunca, ni á mí me debe nada,
ni por mi vuelta ahora, ni por mi amor ayer.

Hoy vuelvo....., pero vuelvo llamado y sometido
á tan difícil, arduo y excepcional papel,
que ante él debo decirles á los que me han traído:
«Me habéis este escenario vosotros prevenido:
»sois, pues, los responsables de lo que yo haga en él.

»Tan grande apoteosis no se hace á ningún vivo:
»soberbio quien la acepte par es de Satanás,
»y el pueblo que le ensalce le humillará agresivo;
»no á mí, que ni la ansiaba ni la acepté jamás.

»Absorto aquí conmigo de lo que hacéis me espanto;
»yo vengo agradecido y á vuestro antojo aquí.
»¿Me coronáis? La excelsa coronación aguanto;
»pero tened presente que no aspiré yo á tanto;
»vosotros daréis cuenta de lo que hacéis de mí.»

II

Poetas que á Granada venís en honor mío,
amigos exaltados del viejo trovador,
ociosos, destemplados con el calor y el frío
y hostiles á quien se honra por algo superior,
curiosos de alma cándida ó espíritu bravío.....
no me tengáis envidia ni me guardéis rencor;
porque ni pujos tuve jamás de señorío,
ni ya me queda tiempo de hacer el gran señor.
No aspiro yo á erigirme la Alhambra en Capitolio,
ni cobro de rey humos por tal coronación,
ni mi dosel de flores cambiar pretendo en solio,
ni que por rey me tome del vulgo el gran montón.
El humo de la gloria no aturde mi cabeza:
si en mí hay virtud alguna, si hay algo grande en mí,
es que en mi vida pude crëer en mi grandeza,
y que la grande sombra que proyecté no ví.
¡No á fe! porque yo mismo mi sombra ver no pude,
de cara al sol marchando constante hácia la luz;
y si hoy á esta asamblea mi gratitud acude,
es, Capitolio ó Gólgotha, para que aquí me escude
bajo el pendón de España la sombra de la Cruz.
Cristiano y caballero, como español sin tacha,
canté la fe y las glorias que en mi nación hallé:
pasé del torbellino del siglo en una racha;
de mucho que dí á muchos no guardo ni una hilacha:
yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe.

Sé poco, mas ví mucho: y en mis tan largos días
he visto mil infamias, mil viles felonías
á muchas glorias falsas sirviendo de blasón:
del viejo la experiencia no cree ya en teorías;
hoy mis creencias viejas son viejas niñerías;
hoy veo tierra, gentes y cosas como son.
Á errar predestinado nací sin duda alguna;
tal vez no tuve nunca ni medios para el bien,
ni para el mal alientos: la gloria, la fortuna
miré y cuanto produje con sin igual desdén.
De gloria, placer y oro corrió á mis pies un río;
de España he sido asombro, su pueblo me adoró;
el mundo pudo un día, y áun hoy tal vez ser mío,
y osar pudiendo á todo, á todo he dicho «Nó».
No sé, ni saber quiero, si la ovación merezco;
la sufro agradecido con muda sumisión;
y aunque me halaga el triunfo, ni de él me ensoberbezco,
ni gratitud en frases estériles ofrezco:
mi fe no está en mi lengua, está en mi corazón.
Á mí no me alucina tal ovación: me asombra:
si hoy llevo esta corona con la que andar no sé,
mañana ya sin ella me volveré á la sombra
de mi rincón, ya solo, sin vanidad y á pie.

III

Mas Dios marcó mis horas: ya mi alma, que está alerta,
tras mí la muerte siente: mi tumba está ya abierta:
mis fuerzas aniquila la trémula vejez:
mi inteligencia ofusca su cerrazón incierta:
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estáis mi voz oyendo por la postrera vez.

¡Adiós, ciudad bendita, por mi laúd cantada;
adiós, pueblos que á oirme, de mí venís en pós;
adiós, hijos bizarros de la ciudad sagrada;
adiós, hijas alegres de la gentil Granada!.....
quien de la nada vino se vuelve ya á la nada;
voy por mis viejos versos á que me juzgue Dios,

LS
Z897
.Yco

Zorrilla, José

Coronación de D. José Zorrilla.

487195

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED